

se apresuró á repetirme lo que me habia dicho su hermano; que nada habia yo visto; y que no se podia formar idea de nada estando cojo el caballo negro. Mad. de Goutaut vino á sentarse á nuestro lado, y Mr. de Damas algo mas lejos, aguzando el oido en un estado divertido de inquietud, como si fuese yo á comerme su pupilo, á soltar algunas frases en elogio de la libertad de la prensa ó en favor de la duquesa de Berry. Hubiérame reido de los temores que le causaba, si desde Mr. de Polignac pudiera todavía reirme de un pobre hombre. De repente me dijo Enrique:

—«¿Habeis visto serpientes adivinas?

—«Monseñor querrá hablar de la boa: no las hay ni en Egipto ni en Tínez, únicos puntos de Africa que he visitado; pero he visto muchas culebras en América.

—«Oh, sí! dijo la princesa Luisa; la culebra de cascabel, en *El Genio del Cristianismo*»

Yo me incliné para dar gracias á la princesa.

—«Pero habeis visto muchas mas culebras, continuó Enrique. ¿Son malignas?

—«Algunas, monseñor, son muy peligrosas: otras no tienen veneno, y se les hace bailar.»

Los dos niños se acercaron á mí con placer, teniendo sus ojos, bellos y resplandecientes, fijos sobre los míos.

—«Hay ademas la culebra de vidrio, continué, que es hermosa, y no hace daño ninguno: tiene la transparencia y la fragilidad del vidrio, y en cuanto se la toca, se rompe.

—«¿Y no pueden volverse á unir los pedazos? dijo el príncipe.

—«Hombre, no, respondió por mí la princesa.

—«¿Habeis visitado la catarata de Niagara? continuó Enrique. ¿Hace un ruido espantoso! ¿Se puede bajar por ella en barco?

—«Monseñor, un americano se entretuvo en arrojar por ella un barco grande: dícese que otro americano se arrojó él mismo en la catarata y no pereció la vez primera; pero quiso repetir el experimento, y pereció á la segunda vez que lo intentó.

Los dos niños levantaron sus manos al cielo, exclamando:

—«¡Oh!»

Mad. de Goutaut tomó la palabra.

—«Mr. de Chateaubriand ha ido á Egipto y á Jerusalem.»

La princesa dió una palmada, y se acercó mas á mí.

—«Mr. de Chateaubriand, me dijo; describid á mi hermano las pirámides y el sepulcro de Nuestro Señor.»

Yo hice lo mejor que pude una pintura de las pirámides, del Santo Sepulcro, del Jordan y de la Tierra Santa. La atención de los niños era extremada: la princesa apoyaba en sus manos su lindo rostro, descansando casi sus codos sobre mis rodillas, y Enrique, encaramado en un alto sillón, mecía sus piernas colgantes.

Después de esta bella conversacion de culebras, de catarata y de Santo Sepulcro, dijo la princesa:

—«¿Quereis hacerme alguna pregunta sobre historia?

—«¿Cómo sobre historia?

—«Sí; preguntadme acerca de un año; sobre el año mas oscuro de toda la historia de Francia, á excepcion de los siglos XVII y XVIII, que no hemos principiado aun.

—«Oh! Yo, repuso Enrique, quiero mejor un año célebre: preguntadme algo acerca de un año célebre.» Este estaba menos seguro de salir bien que su hermana.

Principié por obedecer á la princesa, y dije:

—«Pues bien, ¿quereis decirme lo que sucedia y quién reinaba en Francia en 1001?»

Ambos hermanos se pusieron á reflexionar, Enrique cogiéndose el pelo, y la princesa haciendo sombra á su rostro con sus dos manos, accion que le es familiar. Luego descubrió súbitamente su semblante jóven y alegre, su risueña boca y sus ojos perspicaces, y dijo la princesa:

—«Roberto era quien reinaba, Gregorio V era papa, Basilio III emperador de Oriente...»

—«Y Othon III emperador de Occidente, exclamó Enrique apresurándose para no quedar detrás de su hermana, y añadió en seguida:

—«Veremundo II en España.»

La princesa, atajándole la palabra, dijo:

—«Etefredo en Inglaterra.»

—«No, dijo su hermano: era Edmundo, *Costilla de hierro*.»

La princesa tenia razon: Enrique se engañaba en unos cuantos años en favor de *Costilla de hierro*, que le habia encantado; pero no por eso era aquello menos prodigioso.

—«¿Y mi año célebre? preguntó Enrique en tono medio enojado.

—«Teneis razon, monseñor: ¿qué sucedió en el año 1593?

—«¡Bah! exclamó el jóven príncipe: la abjuracion de Enrique IV.»

La princesa se puso encarnada por no haber podido contestar la primera.

Dieron las ocho, y la voz del baron de Damas cortó nuestra conversacion, como cuando el martillo del reloj, al dar las diez, suspendia los pasos de mi padre en el gran salon de Combourg.

¡Amables niños! El anciano cruzado os ha contado las aventuras de la Palestina; pero no en el hogar del palacio de la reina Blanca. Para hallaros ha tenido que llevar su palo de palmera y sus sandalias empolvadas bajo el sol helado del extranjero. Blondel cantó en vano al pié de la torre de los duques de Austria, y su voz no pudo volver á abrirnos los caminos de la patria. ¡Jóvenes proscriptos! El viajero, en lejanas tierras, os ha ocultado una parte de su historia: no os ha dicho qué poeta y profeta ha arrastrado en los bosques de la Florida y en las montañas de la Judea tanta falta de esperanzas, tantas tristezas y pasiones como esperanza, alegría é inocencia; que hubo un dia en que, como Juliano, arrojó su sangre hacia el cielo, sangre de la que el Dios de misericordia le reservó algunas gotas para rescatar las que habia entregado al dios de maldicion.

El príncipe, llevado por su ayo, me invitó á su leccion de historia, fijada para el lunes siguiente, á las once de la mañana: Mad. de Goutaut se retiró con la princesa.

Entonces principió una escena de otra clase: la monarquía futura en la persona de un niño acababa de hacerme participar de sus juegos: la monarquía pasada, en la persona de un anciano, me hizo asistir á los suyos. Dióse principio á una partida de whist, iluminada por dos velas en un rincón de la sala oscura, entre el rey y el delin, el duque de Blacas y el cardenal Latil. Yo era el único testigo de ella con el picador O'Hegerty. A través de las ventanas, cuyas hojas no estaban cerradas, mezclaba el crepúsculo su palidez á la de las velas: la monarquía se extinguía entre aquellos dos resplandores moribundos. Profundo silencio, á excepcion del roce de los naipes y de algunos gritos del rey, que se incomodaba. Los naipes fueron renovados de los Latinos á fin de afiviar la adversidad de Carlos VI; pero no existen ya Ogier ni Lahire que puedan dar su nombre, bajo Carlos X, á aquellas distracciones de la desgracia.

Terminada la partida de juego, me dió el rey las buenas noches. Atravesé los salones desiertos y sombríos que habia cruzado el dia antes, las mismas escaleras, los mismos patios, por delante de los mismos

centinelas, y despues de bajar las cuestas de la colina, volví á mi posada, perdiéndome en las calles y en las tinieblas. Carlos X permanecia encerrado en las masas negras que acababa de dejar: nada puede pintar la tristeza de su abandono y de sus años.

VISITAS.

Praga 27 de mayo de 1853.

Tenia mucha necesidad de descansar; pero el baron Capelle, que habia llegado de Holanda, habitaba un cuarto vecino al mio, y vino á verme al punto.

¡Cuando el torrente cae de alto, el abismo que socava y en que se sumerge atrae las miradas y embarga el uso de la palabra; pero no tengo paciencia ni compasion para los ministros, cuya debil mano dejó caer en la sima la corona de San Luis, como si las olas debieran hacerla subir de nuevo! Aquellos ministros que pretenden haberse opuesto á las ordenanzas, son los mas culpables; los que dicen haber sido mas moderados, son los menos inocentes; si tan claro veian ¿por qué no se retiraban? «No han querido abandonar al rey; el delin los ha tratado de cobardes.» Mala derrota: no pudieron desprenderse de sus carteras. Digan lo que quieran, no hay otra cosa en el fondo de esa catástrofe. ¡Y qué admirable sangre fria despues del suceso! Uno escribe sobre la historia de Inglaterra despues de haber arreglado tan bien la historia de Francia; otro lamenta la vida y la muerte del duque de Reichstadt despues de haber enviado á Praga al duque de Burdeos.

Yo conocia á Mr. Capelle; es justo recordar que habia quedado pobre; sus pretensiones no sobrepujaban su valor, y de buen grado habria dicho, como Luciano: —«Si venís á escucharme en la esperanza de respirar el ámbar y oír el canto del cisne, pongo por testigo á los dioses de que jamás he hablado de mí en términos tan magníficos.» En los tiempos actuales, la modestia es una cualidad rara, y la única falta de Mr. Capelle es haberse dejado nombrar ministro.

Recibí la visita del baron de Damas: las virtudes de este valiente oficial se le habian subido á la cabeza, y su cerebro se hallaba atacado de una congestion religiosa. Hay asociaciones fatales: el duque de Riviere recomendó al morir á Mr. de Damas para ayo del duque de Burdeos. El príncipe de Polignac era miembro de aquella pandilla. La incapacidad es una francmasonería, cuyas logias están en todos los países, y este carbonismo tiene calabozos, cuyas trampas abre y en las que hace desaparecer los Estados.

El sistema doméstico estaba de tal suerte en la corte, que al elegir Mr. de Damas á Mr. de Lavilatte, nunca quiso concederle otro título que el de primer ayuda de cámara de monseñor duque de Burdeos. Aficionéme desde luego á ese militar de bigotes grises retorcidos, alano fiel encargado de ladrar alrededor de su cordero. Pertenece á aquellos leales *porta-granadas*, á quienes tanto apreciaba el terrible mariscal de Montluce, y de quienes decía: —«No hay en ellos trastienda.» Mr. de Lavilatte será despedido por su sinceridad, no por su aspereza: pronto se hace uno á la aspereza de cuartel. A veces la adulacion en el campamento suele tomar la máscara de independencia; pero en el valiente veterano de quien hablo todo era franqueza, y habria retirado con honor sus bigotes si hubiese tomado á préstamo mas de treinta mil duros, como Juan de Castro. Su semblante avinagrado no era mas que la expresion de la libertad: solamente advertia por su aire que estaba pronto. Los florentinos, antes de preparar su ejército en campaña, avisaban al enemigo por el sonido de la campana Martinnella.

MISA.—EL GENERAL CZERNICKI.—COMIDA EN CASA DEL GRAN BURGRAVE.

Praga 27 de mayo de 1853.

Habia formado el proyecto de oír misa en la catedral en el barrio de los palacios; pero detenido por los que vinieron á verme, no tuve tiempo mas que para ir á la basílica de los antiguos jesuitas. Estaban cantando á la sazón con acompañamiento de órgano. Una mujer, colocada á mi lado, tenia una voz, cuyo acento me hizo volver la cabeza. En el momento de la comunión se cubrió el rostro con las dos manos, y no fue á la santa mesa.

¡Ay! Muchas iglesias he explorado en las cuatro partes de la tierra, sin haberme podido despojar; ni aun en el sepulcro del Salvador, del áspero cilicio de mis pensamientos. He descrito á Aben-Hamet vagando en la mezquita de Córdoba. «Al pié de una columna vió una figura inmóvil, que tomó en un principio por una estatua sobre un sepulcro.»

El original de esa figura que veía Aben-Hamet era un monge á quien habia yo encontrado en el Escorial, y cuya fe habia envidiado. ¡Quién sabe, no obstante, las borrascas que podia haber en el fondo de aquella altura tan recogida, y las súplicas que dirigia al pontífice santo é inocente! Salía yo de admirar en la sacristía desierta del Escorial una de las vírgenes mas hermosas de Murillo: iba con una mujer, y fue quien me hizo reparar en el religioso, sordo al ruido de las pasiones que atravesaban junto á él por el formidable silencio del santuario.

Despues de la misa, en Praga, envié á buscar un birlocho, y tomé el camino trazado en las antiguas fortificaciones y por el que suben los carruajes al palacio. Estaban trazando jardines en aquellos baluartes: la eufonia de un bosque reemplazará allí el estruendo de la batalla de Praga: el conjunto estará hermoso dentro de unos cuarenta años. ¡Dios quiera que Enrique V no permanezca aquí bastante tiempo para gozar de la sombra de una hoja que no ha nacido todavía!

Debiendo ir á comer al dia siguiente á casa del gobernador, juzgué conveniente ir á ver á Mad. de Chotek: habria encontrado amable y hermosa, aun cuando no me hubiese citado de memoria pasajes de mis obras.

Subí por la noche á la reunion de Mad. de Guiche, y encontré en ella al general Czernicki y á su esposa. Aquel me refirió la insurreccion de la Polonia y la batalla de Ostrolenka.

Cuando me levanté para marcharme, me pidió permiso el general para estrechar mi venerable mano y abrazar al *patriarca de la libertad de la prensa*: su mujer quiso abrazar en mí al autor de *El Genio del cristianismo*: la monarquía recibió con la mayor cordialidad el beso fraternal de la república. Sentia yo una satisfaccion de hombre honrado, y me tenia por feliz en despertar por diferentes títulos nobles simpatías en corazones extranjeros, en ser estrechado sucesivamente contra el seno del marido y de la mujer por la libertad y la religion.

El lunes 27 por la mañana vino á decirme la *oposicion* que no veria al jóven príncipe: Mr. de Damas habia cansado á su alumno llevándole de iglesia en iglesia para rezar las estaciones del jubileo. Aquel cansancio servia de pretexto para una licencia y motivaba una excursion al campo: querianme ocultar al niño.

Emplee la mañana en recorrer la ciudad. A las cinco fuí á comer á casa del conde de Chotek.

COMIDA EN CASA DEL CONDE DE CHOTECK.

La casa del conde de Chotek, construida por su padre (que fue tambien gran burgrave de Bohemia),

presenta por fuera la forma de una capilla gótica: nada es hoy original; todo es copia. Desde el salón se ven los jardines, los cuales bajan en cuesta á un valle: siempre la misma luz pálida, el mismo suelo ceniciento, como en las hondonadas angulosas de las montañas del Norte, en donde la naturaleza descarnada lleva el cilicio.

Estaba puesta la mesa en el *pleasure ground* (sitio de placer), bajo los árboles. Comimos con la cabeza descubierta: mi cabeza, á quien tantas tempestades habían insultado, llevándose los cabellos, era sensible al soplo del viento. Por más que procuraba estar atento á la comida, no podía menos de mirar las aves y las nubes que volaban por encima del festín: pasajeros embarcados en las brisas, y que tienen relaciones secretas con mis destinos; viajeros, objeto de mi envidia, y cuya aérea carrera no pueden seguir mis ojos sin una especie de enternecimiento. Hallábame más en sociedad con aquellos parásitos que vagaban por el cielo, que con los comensales sentados á mi lado en la tierra. ¡Felices anacoretas los que teniais por *dapifero* un cuervo!

No puedo hablar de la sociedad de Praga, porque no la vi más que en aquella comida. Había en ella una mujer muy á la moda en Viena, y, según decían, de mucha agudeza: parecióme áspera y necia, aunque conservaba algunos restos de juventud, como aquellos árboles que conservan en el verano los ramos secos de la flor que ostentaron en la primavera.

No sé, pues, de las costumbres de este país más que lo que dice Bassompierre de ellas en el siglo décimo sexto: él amó á Ana Esther, de edad de diez y ocho años, y viuda hacia seis meses; pasó cinco días y cinco noches disfrazado y oculto en un cuarto, al lado de su querida; jugó á la pelota en Hradschin con Wallenstein. Yo, que no era Wallenstein ni Bassompierre, no aspiraba al imperio ni al amor: las Esther modernas quieren Asueros, que, por muy disfrazados que estén, puedan quitarse por la noche su *dominó*: no se desprende uno de la máscara de los años.

PENTECOSTÉS.—EL DUQUE DE BLACAS.

Praga 27 de mayo de 1855.

Al salir, después de la comida, á las siete, me dirigí á casa del rey, y encontré allí á las personas del día anterior, á excepción del duque de Burdeos, e cual decían se hallaba indispuerto de resultas de las estaciones del domingo. El rey estaba medio recostado sobre un camapé, y la infanta sentada en una silla, junto á las rodillas de Carlos X, que acariciaba el brazo de su nieta, mientras le contaba diferentes historias. La joven princesa escuchaba con atención: cuando yo me presenté, me miró con la sonrisa de una persona sensata, que me hubiera querido decir:

—«Preciso es que yo divierta á mi abuelo.

—«Chateaubriand, exclamó el rey: ¿cómo es que no os he visto ayer?

—«Señor, me avisaron demasiado tarde de que V. M. me había hecho el honor de convidarme á su mesa; y luego era domingo de Pentecostés, día en que no es permitido ver á V. M.

—«¿Cómo es eso? dijo el rey.

—«Señor, el día de Pentecostés hizo nueve años que, presentándome para hacerlos la corte, me negaron la entrada.»

Carlos X pareció conmoverse.

—«No os arrojarán, dijo, del palacio de Praga.

—«No, señor; porque no veo aquí aquellos buenos servidores que me condujeron al día de la prosperidad.»

Principió el whist, y terminó el día.

Después de la partida pagué al duque de Blacas la visita que me había hecho.

—«El rey dijo que teníamos que hablar.»

Yo le contesté que no habiendo el rey juzgado conveniente convocar su consejo, ante el cual hubiera podido yo desenvolver mis ideas acerca del porvenir de Francia y de la mayoría del duque de Burdeos, nada más tenía que decir.

—«S. M. no tiene consejo, repuso Mr. de Blacas riéndose con malicia y con ojos de satisfacción; no tiene más que á mí, á nadie más que á mí.»

El guarda-ropa mayor tiene la más alta idea de sí mismo: achaque francés. A juzgar por lo que dice, todo lo hace y todo lo puede: él casó á la duquesa de Berry, dispone de los reyes, lleva á Metternich como por la mano, tiene cogido por el cuello á Nesselrode, reina en Italia, ha grabado su nombre en un obelisco de Roma, tiene en su bolsillo las llaves de los conclave, los tres últimos papas le deben su exaltación, conoce tan perfectamente la opinión y justa de tal suerte su ambición, que acompañando á la duquesa de Berry se había hecho dar un diploma que le nombraba jefe del consejo de regencia, primer ministro y ministro de Negocios Extranjeros. Véase cómo esas pobres gentes comprenden la Francia y el siglo.

Sin embargo, Mr. de Blacas es el más inteligente y el más moderado de la pandilla. En conversacion es sensato, siempre es de la opinion del que le habla.—«¿Eso pensáis? Eso es cabalmente lo que decía yo ayer. Tenemos las mismas ideas.» Laméntase de su esclavitud; se halla cansado de los negocios; querría vivir en algun rincón ignorado de la tierra para morir allí en paz lejos del mundo. En cuanto á su influencia sobre Carlos X, no hay que hablarle: dicen que domina á Carlos X; es un error: nada puede con el rey; este no le escucha; rehúsa por la mañana una cosa, y por la noche concede esa misma cosa, sin que se sepa por qué ha cambiado de parecer, etc. Cuando Mr. de Blacas refiere todos estos embolismos, dice *verdad*, porque nunca contraria al rey; pero no es *sincero*, porque solo inspira al rey decisiones conformes á los deseos del príncipe.

Por lo demás, Mr. de Blacas tiene valor y honor; no carece de generosidad, y es adicto y fiel. Con el roce con la alta aristocracia y con las riquezas, ha adquirido su barniz. Es de buena cuna, pues procede de una casa pobre, pero antigua, conocida en la poesía y en las armas. Lo estirado de sus maneras, su aplomo y su rigorismo de etiqueta conservan á sus años una nobleza que se pierde fácilmente en la adversidad; á lo menos en el museo de Praga, la inflexibilidad de la armadura sostiene en pie un cuerpo que de lo contrario se caería. Mr. de Blacas no carece de cierta actividad; despacha con rapidez los asuntos comunes, y es arreglado y metódico. Bastante inteligente en ciertos ramos de arqueología; amante de las artes sin imaginación, y libertino de sangre fría, ni siquiera se conmueve por sus pasiones; su sangre fría sería una cualidad de hombre de Estado si no fuese otra cosa que su confianza en su genio, y su genio hace traición á su confianza; traspácese en él al gran señor abortado como en su compatriota La Valette, duque de Epernon.

O habrá ó no restauración; si la hay, Mr. de Blacas volverá con sus puestos y honores; si no la hay, la fortuna del guarda-ropa mayor está casi toda fuera de Francia; Carlos X y Luis XIX habrán muerto. Mr. de Blacas será ya muy anciano, y sus hijos permanecerán compañeros del príncipe desterrado, de ilustres extranjeros en cortes extranjeras; ¡bendito sea Dios!

De este modo la revolución que elevó y hundió á Bonaparte habrá enriquecido á Mr. de Blacas: váyase lo uno por lo otro. Mr. de Blacas, con su fi-

gura carilarga y descolorida, es el empresario de las pompas fúnebres de la monarquía: la enterró en Hatwell, la enterró en Gante, la volvió á enterrar en Edimburgo, y la volverá á enterrar en Praga ó en cualquiera otra parte, velando siempre por los restos de los altos y poderosos difuntos, como aquellos aldeanos de las costas que recogen los objetos arrojados por el naufragio á las orillas del mar.

EPISODIOS.—DESCRIPCION DE PRAGA.—TYCHO-BRAHE.—PERDITA.

Praga 28 y 29 de mayo de 1855.

El martes 28 de mayo, no teniendo efecto la lección de historia á que debía asistir á las once, me hallé en libertad de recorrer, ó más bien, de volver á ver la ciudad que ya había visto, yendo y viniendo de un lado á otro.

No sé por qué me había figurado que Praga estaba metida en un hueco de montañas, que esparcían sus negras sombras sobre un grupo de casas á modo de calderas: Praga es una ciudad risueña, en que sobresalen de veinte y cinco á treinta torres y campanarios elegantes: su arquitectura recuerda una ciudad del renacimiento. La larga dominación de los emperadores sobre los países cisalpinos pobló la Alemania de artistas de estos países: las aldeas austriacas son aldeas de la Lombardia, de la Toscana ó de la tierra firme de Venecia: creeríase uno en casa de algun aldeano italiano si en las haciendas de salones desnudos no reemplazase un poeta al sol.

La vista de que se goza desde las ventanas del palacio es agradable: por un lado se ven los verjeles de un fresco valle, de verde pendiente, cercado por las murallas almenadas de la ciudad, que bajan hasta el Moldava, á la manera que los muros de Roma bajan del Vaticano al Tiber: por otro lado se descubre la ciudad cruzada por el río, el cual se embellece con una isla situada en la parte superior, y abraza por la inferior otra isla, separándose del barrio del Norte. El Moldava desemboca en el Elba. Un barco que me tomase en el puente de Praga, pudiera desembarcarme en el puente real de París. Yo no soy la obra de los siglos ni de los reyes, no tengo el peso ni la duración del obelisco que el Nilo envía ahora al Sena: para remolcar mi galera bastaría el cinturón del Vístula y del Tiber.

El puente del Moldava, construido de madera en 785 por Mnata, fue en diferentes épocas reedificado en piedra. Mientras que media yo con mis pasos aquel puente, caminaba Carlos X por la acera: llevaba un paraguas bajo el brazo, y le acompañaba su hijo como un *cicerone* de alquiler. Había yo dicho en *El Conservador* que se *asomaría uno á la ventana para ver pasar á la monarquía*: yo la estaba viendo pasar sobre el puente de Praga.

En las construcciones de que está formado Hradschin se ven salones históricos, museos entapizados con los retratos restaurados, y las limpias armas de los duques y los reyes de Bohemia. No lejos de las masas informes se destaca sobre el cielo un lindo edificio adornado con uno de los elegantes pórticos del *cinquecento*: esta arquitectura tiene el inconveniente de no estar en armonía con el clima. ¡Si se pudiese, al menos, durante los inviernos de Bohemia, poner estos palacios en invernadero con sus palmeras! No podía apartar de mí la idea del frío que debían tener por las noches.

Praga, sitiada muchas veces, tomada y reconquistada, nos es conocida militarmente por la batalla de su nombre, y por la retirada en que se

halló Mauvenargues. Los baluartes de la ciudad se hallan demolidos. Los fosos del palacio, por el lado alto de la llanura, forman un estrecho y profundo barranco, poblado hoy de álamos. En la época de la guerra de los Treinta años esos fosos estaban llenos de agua. Habiendo penetrado los protestantes en el palacio el 23 de mayo de 1628, arrojaron por la ventana á dos señores católicos con el secretario de Estado: los tres se salvaron. El secretario, como hombre bien nacido, pidió perdón á uno de los dos señores por haber caído sobre él. En este mes de mayo de 1853 no se gastan los mismos cumplimientos: no sé muy bien lo que yo hubiera dicho en semejante caso, y eso que he sido secretario de Estado.

Tycho-Brahe murió en Praga: ¿querría alguien por toda su ciencia tener, como él, una nariz postiza de cera ó de plata? Tycho se consolaba en Bohemia, como Carlos X, contemplando el cielo: el astrónomo admiraba la obra; el rey adora al obrero. La estrella que apareció en 1572 (extinguida en 1574), y que pasó sucesivamente del blanco brillante al amarillo encendido de Marte y al blanco plomizo de Saturno, ofreció á las observaciones de Tycho el espectáculo del incendio de un mundo. ¿Qué es la revolución, cuyo soplo ha empujado al hermano de Luis XVI á la tumba del Newton danés, comparada con la destrucción de un globo, consumada en menos de dos años? El general Moreau vino á Praga á concertar con el emperador de Rusia una restauración que aquel no debía ver.

Si Praga estuviese á orillas del mar, no habría cosa más encantadora: así es que Shakspeare toca á la Bohemia con su varita, y hace de ella un país marítimo.

«¿Estás cierto, dice Antígono á un marinero en el *cuento de invierno*, de que nuestro buque ha tocado en los desiertos de Bohemia?»

Antígono baja á tierra encargado de exponer á una niña, á la cual dirige estas palabras:

«¡Flor!... prospera aquí... La tempestad principia... Traza tienes de ser mecida bien ásperamente.

¿No parece que Shakspeare ha contado de antemano la historia de la princesa Luisa, de esa joven flor, de esa nueva *Perdita*, transportada á los desiertos de Bohemia?

CONTINUACION DE LOS EPISODIOS.—DE LA BOHEMIA.—LITERATURA SLAVA Y NEO-LATINA.

Praga 28 y 29 de mayo de 1855.

Confusion, sangre, catástrofes, tal es la historia de Bohemia: sus duques y sus reyes, en medio de guerras civiles y extranjeras, luchan con sus súbditos ó lidian á brazo partido con los duques y los reyes de Silesia, Sajonia, Polonia, Moravia, Hungría, Austria y Baviera.

Durante el reinado de Wenceslao VI, que ponía en el asador á su cocinero cuando no había asado bien una libre, se levantó Juan Hus, el cual, habiendo estudiado en Oxford, trajo de allí la doctrina de Wiclef. Los protestantes, que buscaban por todas partes antepasados, sin poder allarlos, refieren que, desde lo alto de su pira, profetizó Juan la venida de Lutero.

«El mundo lleno de acritud, dijo Bossuet, engendró á Lutero y á Calvino, que dividen la cristiandad.»

De las luchas cristianas y paganas, de las heregias precoces de la Bohemia, de las importaciones de intereses extranjeros y costumbres extranjeras, resultó una confusión favorable al engaño. Bohemia pasó por el país de los hechiceros.

Son célebres unas poesías antiguas, descubiertas en 1819 por Mr. Hunka, bibliotecario del museo de Praga, en los archivos de la iglesia de Kaniginhof. Un jóven, á quien me complazco en citar, hijo de un sabio ilustre, Mr. Ampère, ha dado á conocer el espíritu de aquellos cantos. Celakowsky ha difundido canciones populares en idioma slavo.

Los polacos encuentran el dialecto bohemio afeminado: es la cuestion del dórico y del jónico. El bajo-breton de Vannes trata de bárbaro al bajo-breton de Treguier. El slavo, lo mismo que el magyar, se presta á todas las traducciones; á mi pobre *Atala* le han endosado un vestido de punto de Hungría: también lleva un duliman armenio y un velo árabe.

Otra literatura ha florecido en Bohemia, la literatura moderna latina. El príncipe de esta literatura, Bohuslas Hassenstein, baron de Lobkowitz, nacido en 1462, se embarcó en 1490 en Venecia, y visitó la Grecia, la Siria, la Arabia y el Egipto, Lobkowitz se anticipó á mis trescientos veinte y seis años en aquellos sitios célebres, y como lord Byron, cantó su peregrinación. ¡Con qué diferencia de ánimo, de corazón, de pensamientos, de costumbres, hemos meditado con mas de tres siglos de intervalo sobre las mismas ruinas y bajo el mismo sol, Lobkowitz, bohemio; lord Byron inglés, y yo, hijo de Francia!

En la época del viaje de Lobkowitz se hallaban en pie admirables monumentos, destruidos despues. Debía ser un espectáculo asombroso el de la barbarie en toda su energía, teniendo á sus piés la civilización derribada, los genizaros de Mahomet II, embriagados de opio, victorias y mujeres, con la cimitarra en la mano y la frente rodeada con el turbante sangriento, escalonados para el asalto sobre los escombros de Egipto y de Grecia: y yo he visto á la misma barbarie, entre las mismas ruinas, agitarse á los piés de la civilización.

Recorriendo la ciudad y los barrios de Praga, presentábanseme á la memoria las cosas que acabo de decir, como los cuadros de una óptica sobre un lienzo. Pero desde cualquier rincón en que me hallase veía á Hradschin y al rey de Francia apoyado sobre las ventanas de palacio como un fantasma que dominaba todas aquellas sombras.

ME DESPIDO DEL REY.—ADIOS.—CARTA DE LOS INFANTES Á SU MADRE.—UN JUDÍO.—LA CRIADA SAJONA.

Praga 29 de mayo de 1835.

Pasada ya mi revista de Praga, fui el 29 de mayo á comer á palacio á las seis. Carlos X estaba muy contento. Despues de levantarse de la mesa, me dijo sentándose en el campé del salón:

—«Chateaubriand, ¿sabeis que *El Nacional* que se ha recibido esta mañana declara que tenía yo derecho para dar mis ordenanzas?»

—«Señor, le contesté, V. M. arroja piedras á mi jardín.»

El rey vacilaba indecísivo, mas tomando luego su partido me dijo:

—«Tengo algo sobre el corazón, me habeis maltratado terriblemente en la primera parte de vuestro discurso en la cámara de los Pares.»

Y acto continuo, esclamó el rey, sin dejarme tiempo para contestar:

—«¡Oh! ¡El fin, el fin!... ¡El sepulcro vació en San Dionisio!... ¡Es admirable!... ¡Muy bien, muy bien!... ¡No hablemos mas de ello; no he querido recordar eso... basta ya... está acabado!»

Y se disculpaba de haberse atrevido á aventurar estas pocas palabras.

Yo besé con un piadoso respecto la mano real.

—«¿Qué quereis que os diga? continuó Carlos X: quizá hice mal en no defenderme en Rambouillet: todavía tenía grandes recursos; pero no quise que corriese sangre por mí, y me retiré.»

No traté de combatir aquella noble escusa, y contesté:

—«Señor, Bonaparte se retiró dos veces como V. M. á fin de no prolongar los males de Francia.»

Así ponía la debilidad de mi anciano rey al abrigo de la gloria de Napoleon.

Luego que llegaron los infantes, nos acercamos á ellos. El rey habló de la edad de la princesa.

—«¡Hola niñita! ¿Conque teneis ya catorce años?»

—«¡Oh! ¡Cuando tenga quince! dijo la princesa.»

—«¿Qué hareis? dijo el rey.»

La princesa no replicó.

Carlos X refirió un suceso.

—«No me acuerdo de eso, dijo el duque de Burdeos.»

—«Yo lo creo, repuso el rey; eso ocurría el día mismo de vuestro nacimiento.»

—«¡Oh! replicó Enrique: ¿segun eso hace tanto tiempo!»

La princesa, inclinando un tanto su cabeza sobre su hombro, y levantando su rostro hácia su hermano, mientras que sus miradas caian oblicuamente sobre mí, dijo con cierto airecillo irónico:

—«¿Conque hace tanto tiempo que habeis nacido?»

Retiráronse los infantes, y yo saludé al huérfano, debiendo marchar aquella noche. Díjele adios en francés, en inglés y en alemán. ¡Cuántas lenguas aprenderá Enrique para referir sus miserables aventuras, para pedir pan y un asilo al extranjero!

Cuando principió la partida de wist tomé las órdenes de S. M.

—«Vais á ver á la delfina en Carlsbad, dijo Carlos X. Buen viaje, mi querido Chateaubriand. Ya oiremos hablar de vos en los diarios.»

Fuí de puerta en puerta, ofreciendo mis últimos respetos á los habitantes de palacio. Volví á ver á la jóven princesa en el cuarto de Mad. de Gonaut y me entregó para su madre una carta, al pié de la cual había algunas palabras de Enrique.

Debía yo marchar el 30 á las cinco de la mañana, y el conde de Chotek había tenido la atención de mandar caballos al camino. Un incidente me detuvo hasta el medio día.

Llevaba yo una carta de crédito de dos mil francos, pagadera en Praga, y me presenté en casa de un judío rechoncho y pequeño, que, al verme, empezó á dar gritos de admiración. Llamó á su mujer en su auxilio, y acudió esta, ó mas bien rodó hasta mis piés. Sentose con toda su gordura y su negro color enfrente de mí, con dos brazos como aletas, y se puso á mirarme con sus redondos ojos: aun cuando el Mesías hubiese entrado por la ventana, no habría mostrado mayor gozo aquella Raquel: creíame yo amenazado de una *Aleluya*: El agente de cambio me ofreció su fortuna, cartas de crédito para toda la extensión israelita, y añadió que me enviaria á mi casa los dos mil francos.

La suma no estaba aun entregada el 29 por la noche: en la mañana del 30, cuando los caballos estaban ya enganchados, llegó un dependiente con un paquete de asignados, papel de diferente origen, que pierde mas ó menos en la plaza, y no tiene curso fuera de los Estados austriacos. Mi carta contenía una nota, que decía: *en buena moneda*. Quedeme desconcertado.

—«¿Qué quereis que haga con eso? dije al dependiente. ¿Cómo he de pagar con ese papel la posta y los gastos de posada?»

El dependiente corrió á buscar explicaciones; vino

otro dependiente, y me estuvo haciendo cuentas interminables. Despedí al segundo dependiente, y otro tercero me trajo escudos de Brabante. Marché prevenido para lo sucesivo contra la ternura que pudiese inspirar á las hijas de Jerusalem.

Mi birlocho se hallaba rodeado á la puerta de los criados de la casa, entre quienes se mostraba mas solícita una linda criada sajona, que corría á un piano cada vez que podía pillar algun momento libre entre dos campanillazos: ¡pedid á Leonarda del Limosin ó á Fanchon de Picardía que os toque ó cante al piano *Tanti palpiti* ó la *plegaria de Moisés!*

LO QUE DEJO EN PRAGA.—EL DUQUE DE BURDEOS.

Praga y camino 29 y 30 de mayo de 1835.

Había yo entrado en Praga con grandes recelos. Decía entre mí: «Para perdernos, basta á Dios muchas veces ponernos en las manos nuestros destinos: Dios hace milagros en favor de los hombres, pero les abandona la dirección, sin lo cual sería él quien gobernaria en persona: ahora bien; los hombres son los que hacen abortar los frutos de esos milagros. El crimen no se halla castigado siempre en este mundo: las faltas lo son siempre. El crimen es de la naturaleza infinita y general del hombre, y solo el cielo conoce el fondo de él y se reserva á veces su castigo. Las faltas de una naturaleza limitada son de la competencia de la justicia estrecha de la tierra; por eso es muy posible que las últimas faltas de la monarquía sean severamente castigadas por los hombres.»

Decía también entre mí: «Se ha visto á familias reales incurrir en irreparables errores, infatuándose con una falsa idea de su naturaleza: unas veces se consideran como familias divinas y excepcionales; otras como familias mortales y privadas, y segun las circunstancias, se colocan encima de la ley comun ó en los límites de esa ley. Si infringen las constituciones políticas, gritan que tienen derecho para hacerlo, que son la fuente de la ley, que no pueden ser juzgadas por las reglas ordinarias. Si quieren cometer una falta doméstica, dar, por ejemplo, una educación peligrosa al heredero del trono, responden á las reclamaciones: ¿conque un particular puede proceder con sus hijos como le parece y nosotros no podríamos hacerlo?»

No, no podeis: no sois una familia *divina* ni una familia *privada*; sois una familia *pública*, y pertenecéis á la sociedad. Los errores del trono no atacan solo al trono, sino que son perjudiciales para la nación entera. Un rey da un tropiezo, y se va; ¿pero se va acaso la nación? No sufre ningun mal? Los que permanecen leales al rey ausente, víctimas de su honor, ¿no se hallan cortados en su carrera, perseguidos en sus parientes, embarazados en su libertad, amenazados en su vida? Lo repito: el trono no es una propiedad privada; es un bien comun, indiviso, y hay terceras personas comprometidas en la suerte del trono. Yo temía que en los trastornos insuperables de la desgracia no hubiese conocido el trono estas verdades, y no hubiese hecho nada para volver á ellas cuando aun era tiempo.

Por otra parte, reconociendo las ventajas inmensas de la ley sálica, no se me ocultaba que la duración de raza tiene algunos graves inconvenientes para los pueblos y para los reyes: para los pueblos, porque mezcla demasiado sus destinos con los de los reyes; para los reyes, porque el poder permanente los embriaga, pierden las ideas de la tierra, y todo lo que no está en sus altares, súplicas respetuosas, votos humildes, acatamientos profundos, es impiedad. La desgracia no les enseña nada: la adversidad no es mas que una plebeya grosera que les falta al respeto,

y las catástrofes no son para ellos mas que insolencias.

Afortunadamente me había engañado, y no encontré á Carlos X imbuido en esos altos errores que nacen en la cima de la sociedad: le hallé simplemente con las ilusiones comunes de un suceso inesperado y que son mas explicables. Todo contribuye á consolar el amor propio del hermano de Luis XVIII: ve al mundo político destruirse; y lo atribuye, no sin alguna razón, á su época, no á su persona. ¿No pereció Luis XVI? ¿No cayó la república? ¿No se vió obligado Bonaparte á abandonar por dos veces el teatro de su gloria, y á ir á morir cautivo sobre un escollo? ¿No se hallan amenazados los tronos de Europa? ¿Y qué mas podía Carlos X que aquellos poderes derribados? Quiso defenderse contra enemigos; estaba avisado del peligro por su policía y por síntomas públicos; tomó la iniciativa, y atacó para no ser atacado. Los héroes de los tres motines no han confesado que conspiraban y que habían estado representando una comedia por espacio de quince años? Pues bien, Carlos creyó que era deber suyo hacer un esfuerzo; trató de salvar la legitimidad francesa, y con ella la legitimidad europea; dió la batalla, y la perdió: inmolóse por la salvación de las monarquías, y eso es todo, Napoleon tuvo su Waterloo, Carlos X sus jornadas de julio.

Así se presentan las cosas al infortunado monarca, que permanece inmutable, asediado por los sucesos que abruma y sujetan su espíritu. A fuerza de inmovilidad adquiere cierta grandeza: como hombre de imaginación, escucha, no se enfada de las ideas de otro, parece que entra en ellas, y es de lo que está mas lejos. Hay axiomas generales que uno coloca delante de sí como gabiones, y parapetado detrás de ellos hace fuego sobre las inteligencias que marchan.

El error de muchos es persuadirse, en vista de los sucesos repetidos en la historia, de que el género humano está siempre en su lugar primitivo. Esos confunden las *pasiones* y las *ideas*: las primeras son las mismas en todos los siglos; las segundas cambian con la sucesión de los tiempos. Si los efectos materiales de algunos actos son semejantes en épocas diversas, las causas que los producen son diferentes.

Carlos X se considera como un principio, y en efecto, hay hombres que á fuerza de haber vivido en ideas fijas, de generaciones en generaciones semejantes no son mas que monumentos. Ciertos individuos, por el trascurso del tiempo y por su preponderancia, llegan á ser *cosas transformadas en personas*: estos individuos pere en cuando perece esa cosa. Bruto y Catón eran la encarnación de la república romana, y no podían sobrevivir á ella como el corazón no puede latir cuando se retira la sangre.

En otro tiempo trazé el siguiente retrato de Carlos X:

«¡Ya habeis visto hace diez años á ese súbdito fiel, á ese hermano respetuoso, á ese tierno padre, tan afligido en uno de sus hijos, tan consolado por el otro! ¡Ya conoceis á ese Borbon que vino el primero despues de nuestras desgracias á arrojarse, como digno heraldo de la antigua Francia, entre vosotros y la Europa con un ramo de lirios en la mano! ¡Vuestros ojos se fijan con amor y complacencia en ese príncipe que en la edad madura ha conservado el encanto y la noble elegancia de la juventud, y que adornado ahora con la diadema, es solo un francés mas en medio de vosotros! Con emoción repetís tantas frases hermosas de la boca de este nuevo monarca que aspira en la lealtad de su corazón la gracia del decir.»

«¡Quién habria entre nosotros que no le confiara su vida, su fortuna, su honor! Ese hombre, á quien todos quisiéramos tener por amigo, lo tenemos hoy por rey. ¡Ay! tratemos de hacerle olvidar los sacrificios de su vida. ¡Qué levemente pasa la corona sobre

la cabeza encanecida de ese caballero cristiano! Piadoso como San Luis, afable, compasivo y justiciero como Luis XI, cortés como Francisco I, franco como Enrique IV, sea feliz con toda la felicidad que le ha faltado por tantos años. Que el trono en que tantos monarcas han encontrado borrascas para él un lugar de descanso.»

En otra parte he celebrado también al mismo príncipe: el modelo ha envejecido; pero se le reconoce en los toques jóvenes del retrato: la edad nos marchita robándonos una cierta verdad de poesía que forma el cutis y el color de nuestro rostro, y sin embargo, uno ama á pesar suyo el rostro que se ha ajado al mismo tiempo que el nuestro. He cantado himnos á la raza



EL DUQUE DE BURDEOS.

tará como un hombre infiel á sus juramentos y que ha violado las libertades públicas; nada de eso es cierto. Al atacar la Carta procedió de buena fe; no se creyó ni se debía creer perjuro; tenía la firme intención de restablecer esa Carta después de haberla salvado á su manera y como él la comprendía. Carlos X es tal como le he descrito: dulce, aunque propenso á la cólera; bueno y tierno con sus familiares; amable, ligero, sin hiel; con todas las dotes de un caballero, la devoción, la nobleza, la cortesía elegante, pero mezclado todo de debilidad, lo cual no excluye el valor pasivo y la gloria de morir bien; incapaz de seguir hasta el fin una resolución, sea buena ó mala, amurallado con las preocupaciones de un siglo y de su condición; en una época ordinaria, conveniente; en otra extraordinaria, hombre de perdición, pero no de desgracia.

EL DUQUE DE BURDEOS.

Por lo que toca al duque de Burdeos, querrian hacer de él en Hradschin un rey siempre á caballo, que

de Enrique IV, y volvería á cantarlos otra vez con gusto combatiendo de nuevo los errores de la legitimidad y atrayéndome de nuevo su desgracia, si estuviese destinada á renacer. La razón es que la monarquía legítima constitucional me ha parecido siempre el camino más suave y seguro para la libertad completa. He creído y creería todavía cumplir como buen ciudadano, exagerando las ventajas de esa monarquía, á fin de darle, si de mí dependiese, la duración necesaria para la conservación de la transformación gradual de la sociedad y de las costumbres.

Hago un servicio á la memoria de Carlos X oponiendo la verdad pura y sencilla á lo que se dirá de él en el futuro. La enemistad de los partidos le represen-

estuviese dando siempre grandes estocadas. Necesario es sin duda que sea valiente; pero es un error figurarse que en estos tiempos sería reconocido el derecho de conquista, y que bastará solo ser Enrique IV para subir al trono. Sin valor no se puede reinar; con el valor solo, no se reina ya. Bonaparte mató la autoridad de la victoria.

Quizá podría concebir Enrique V un papel extraordinario. Supóngase que á los veinte años conozca su posición, y diga entre sí: «No puedo permanecer inmóvil; tengo deberes de nacimiento que cumplir con lo pasado; pero, ¿he de verme obligado á turbar la Francia por causa mía solo? ¿Deberé pesar sobre los siglos futuros con todo el peso de los siglos pasados? Cortemos la cuestión: inspiremos remordimientos á los que proscribieron injustamente mi infancia, y mostrémosles lo que yo podía ser. Solo de mí depende ofrecerme á mi país, consagrandome de nuevo, cualquiera que sea el éxito del combate, el principio de las monarquías hereditarias.»

Entonces el hijo de San Luis abordaría la Francia,

en la doble idea de gloria y de sacrificio, y entraría en ella con la firme resolución de quedar allí con la corona en sus sienes ó una bala en el corazón: en el último caso su herencia iría á Felipe. La vida triunfante ó la muerte sublime de Enrique restablecería la legitimidad, despojada únicamente de lo que no comprende ya el siglo y de lo que no conviene ya á la época. Por lo demás, aun suponiendo el sacrificio de mi joven príncipe, no lo haría para mí: después de muerto Enrique V sin hijos, no reconocería jamás monarca en Francia.

Me he dejado llevar de quimeras: lo que supongo relativo al partido que podría tomar Enrique no es posible: razonando de esta manera, me he colocado con el pensamiento en un orden de cosas superior á nosotros: orden que, siendo natural en una época de elevación y magnanimidad, no parecería hoy más que una exaltación de novela: es como si á la hora presente opinase yo por volver á las cruzadas, cuando nos hallamos en la triste realidad de una naturaleza humana degenerada. Tal es la disposición de los ánimos que Enrique V encontraría en la apatía de la Francia interiormente, y en las monarquías de fuera obstáculos invencibles. Preciso será, pues, que se someta y consienta en aguardar los sucesos, á menos que se decida por un papel que no se dejaría de criticar con el epíteto de *aventurero*. Será necesario que vuelva á la serie de los hechos medianos, y vea, sin dejarse abatir, las dificultades que le rodean.

Los Borbones se sostuvieron después del imperio, porque sucedían á la arbitrariedad. ¿Se concibe á Enrique trasladado desde Praga al Louvre, después del uso de la más completa libertad? La nación francesa no quiere á la libertad, pero adora la igualdad: no admite lo absoluto sino para ella y por ella, y su vanidad le ordena no obedecer sino á lo que se impone ella misma. En vano trató la Carta de hacer vivir bajo una misma ley á dos naciones que se hicieron extranjeras una á otra; la Francia antigua y la Francia moderna. ¿Cómo es posible hacer que se comprenda una Francia á otra, cuando se han acrecentado las preveniciones? No se atraerán los ánimos con presentar á su vista verdades incontestables.

Si oímos á la pasión y la ignorancia, los Borbones son los autores de todos nuestros males: la restauración de la rama primogénita sería el restablecimiento de la dominación del palacio: los Borbones son los autores y cómplices de esos tratados opresores de que con razón nunca he cesado de lamentarme; y sin embargo, nada hay más absurdo que esas acusaciones en que las fechas quedan olvidadas y los hechos son groseramente alterados. La restauración no ejerció influencia alguna en los actos diplomáticos sino en la época de la primera invasión. Es notorio que no se quería esa restauración, cuando se negociaba con Bonaparte en Chatillon, que, si este hubiese querido, habría permanecido emperador de los franceses. En vista de la obstinación de su carácter y á falta de otra cosa mejor, se echó mano de los Borbones, que estaban allí. *Monsieur*, lugarteniente del reino, tuvo entonces alguna parte en las transacciones del día: ya se ha visto en la vida de Alejandro lo que nos había dejado el tratado de París de 1814.

En 1815 no se trató ya de los Borbones, y para nada entraron en los contratos espoliadores de la segunda invasión: esos contratos fueron resultado del rompimiento del destierro de la isla de Elba. En Viena declararon los aliados que no se reunían más que contra un solo hombre; que no pretendían imponer ninguna especie de amo ni especie ninguna de gobierno á la Francia. Hasta Alejandro había pedido al Congreso otro rey que no fuese Luis XVIII. Si este al venir á sentarse á las Tullerías no se hubiese apresurado á volar su trono, no habría reinado nunca. Los tratados de 1815 fueron abominables precisamente porque

no se quiso oír la voz paternal de la legitimidad, y para hacer quemar esos tratados fue por lo que quisé reconstituir nuestro poder en España.

El único momento en que se halla el espíritu de la restauración es en el congreso de Aquisgram: los aliados se habían convenido en arrebatarnos nuestras provincias del Norte y del Este; Mr. de Richelieu intervino. Sensible el czar á nuestra desgracia, y llevado de sus inclinaciones equitativas, entregó al duque de Richelieu el mapa de Francia sobre el que estaba trazada la fatal línea. Yo mismo he visto ese mapa de la Estigia en manos de Mad. de Montcalm, hermana del noble negociador.

Ocupada como estaba la Francia y con guarniciones extranjeras en nuestras plazas fuertes, ¿podíamos hacer resistencia? Privados que fuésemos de nuestros departamentos militares, ¿cuánto tiempo habríamos gemido bajo la conquista! Si hubiésemos tenido un soberano de una familia nueva, un príncipe de ocasión, nadie le habría respetado. Entre los aliados, unos cedieron á la ilusión de una grande estirpe; otros creyeron que bajo un poder gastado perdería el reino su energía y dejaría de ser objeto de alarma: el mismo Cobbet conviene en esto en su carta. Es por lo tanto, una monstruosa ingratitud no ver que si somos todavía la antigua Galia, lo debemos á la sangre que mas hemos maldecido. Esa sangre, que desde hace ocho siglos circulaba en las venas mismas de la Francia; esa sangre, que la había hecho lo que es, la salvó de nuevo.

¿Por qué obstinarse en negar eternamente los hechos? Se abusó contra nosotros de la victoria como habíamos abusado nosotros de ella contra Europa. Nuestros soldados habían ido á Rusia, y trajeron en pos de sus pasos á los soldados que huían ante ellos. Después de la acción, la reacción: tal es la ley. Esto nada hace á la gloria de Bonaparte, gloria aislada y que permanece entera, ni á nuestra gloria nacional, cubierta con el polvo de la Europa, cuyos torres han barrido nuestras banderas. Era, pues, inútil, por un despecho si se quiere sobrado justo, ir á buscar á nuestros males otra causa que la verdadera. Lejos de ser los Borbones esa causa, compartían por lo menos nuestros reveses.

Examinense ahora las calumnias de que ha sido objeto la Restauración; consúltense los archivos de las relaciones exteriores, y resultará el convencimiento de la independencia del lenguaje usado con las potencias bajo el reinado de Luis XVIII y Carlos X. Nuestros soberanos tenían la conciencia de la dignidad nacional; fueron sobre todo reyes en el extranjero, el cual no quiso nunca con franqueza el restablecimiento y no vió sino con pesar la resurrección de la monarquía primogénita. El lenguaje diplomático de Francia en la época á que me refiero, preciso es decirlo, es particular á la aristocracia: la democracia, llena de grandes y fecundas virtudes, es arrogante cuando llega á dominar; pródiga en extremo cuando hay que hacer sacrificios inmensos, no acierta en los detalles, y rara vez es elevada, especialmente en las desgracias largas. Una parte del odio de las cortes de Inglaterra y Austria contra la legitimidad, procede de la firmeza del gabinete de los Borbones.

Lejos de precipitar esa legitimidad, con mejor acuerdo se hubieran apuntalado sus ruinas: al abrigo, en lo interior, se habría levantado el nuevo edificio, como se construye un buque que debe arrostrar el Océano en un estanque cubierto tallado en la roca: así se ha formado la libertad inglesa, en el seno de la legislación normanda. No había que repudiar la sombra monárquica: este fantasma, centenario de la edad media, tenía, como Dandolo, *hermosos ojos en la cabeza y no veía gota*; anciano que podía guiar á los jóvenes cruzados, y que, adornado con sus cabellos blancos, imprimía aun sobre la nieve sus pisadas indelebles.

Se concibe que en nuestros temores prolongad

nos cieguen preocupaciones y vergüenzas vanidosas; pero la remota posteridad reconocerá que la restauración ha sido, hablando históricamente, una de las fases más felices de nuestro ciclo revolucionario. Los partidos, cuyo calor no se ha extinguido aun, pueden exclamar ahora: «Fuimos libres bajo el imperio, y esclavos bajo la monarquía de la Carta.» Las generaciones futuras, sin pararse en esa contra-verdad, risible si no fuese un sofisma, dirán que los Borbones en su regreso evitaron la desmembración de la Francia, fundaron entre nosotros el gobierno representativo, hicieron prosperar la hacienda, pagaron deudas que no habían contraído, y satisficieron religiosamente hasta la pensión de la hermana de Robespierre. En fin, para reemplazar nuestras colonias perdidas, nos dejaron en África una de las provincias más ricas del imperio romano.

Tres cosas señalan la monarquía restaurada; haber entrado en Cádiz; haber dado en Navarino la independencia á la Grecia; haber emancipado á la cristiandad apoderándose de Argel: empresas contra las que se estrellaron Bonaparte, la Rusia, Carlos V y la Europa. Designenme un poder de algunos días (y un poder tan disputado) que haya hecho cosas semejantes.

Creo, con la mano sobre mi conciencia, no haber exagerado nada, ni haber expuesto más que hechos en lo que acabo de decir acerca de la legitimidad. Es seguro que los Borbones no querrian ni podrian restablecer una monarquía de palacio y acantonarse en una tribu de nobles y curas; es cierto que no han sido traídos por los aliados, y han sido el accidente, no la causa, de nuestros desastres, causa que evidentemente procede de Napoleón. Pero es seguro también que la vuelta de la tercera raza ha coincidido desgraciadamente con los triunfos de las armas extranjeras. Los cosacos se presentaron en París en el momento en que se volvía á ver allí á Luis XVIII: desde entonces para la Francia humillada, para los intereses particulares, para todas las pasiones conmovidas, la Restauración y la invasión son dos cosas idénticas: los Borbones han venido á ser la víctima de una confusión de hechos, de una calumnia cambiada como tantas otras en una verdad mentira. ¡Ay! es difícil escapar de esas calamidades que la naturaleza y el tiempo producen: por más que se las combate, el buen derecho no lleva siempre la victoria. Los Psyllos, nación de la antigua África, habían tomado las armas contra el viento del Mediodía; levantóse un torbellino, y sumergió á aquellos valientes. «Los Nasamonios, dice Herodoto, se apoderaron de su país abandonado.»

Hablando de la última calamidad de los Borbones, se me viene á la memoria su principio; yo no sé qué agüero de su tumba se hizo oír en su cuna. Apenas se vió Enrique IV dueño de París, se apoderó de él un funesto presentimiento. Las tentativas de asesinato que se renovaban, sin alamar su valor, influían sobre su alegría natural. En la procesión del Espíritu Santo el 5 de enero de 1593, se presentó vestido de negro, con un emplastro en el labio superior sobre la herida que le había hecho Juan Chatel en la boca queriéndole atravesar el corazón. Tenía el semblante triste, y preguntándole el motivo madama de Balagni:—¿Cómo, le respondió, puedo estar contento al ver un pueblo tan ingrato, que haciendo todos los días lo que puedo por él, y por cuyo bienestar querria sacrificar mil vidas, si Dios me las hubiese dado, comete todos los días nuevos atentados, porque desde que estoy aquí no oigo hablar de otra cosa?»

Sin embargo, ese pueblo gritaba ¡viva el rey!—«Señor, dijo un individuo de la corte: ved como todo vuestro pueblo se alegra de veros.» Enrique meneando la cabeza, dijo:—«Es un pueblo. Si mi mayor enemigo estuviese donde yo estoy y le viese pasar,

le haría lo mismo que á mí, y gritaría si cabe, mas.»

Un partidario de la liga, viendo al rey abismado en el fondo del carruaje, dijo:—«Vedle ahí como si fuese en la carreta.» ¿No parece que aquel partidario de la liga hablaba de Luis XVI caminando del Temple al cadalso?

El viernes 14 de mayo de 1810, volviendo el rey de los fuldenses con Basompierre y el duque de Guisa les dijo:—«Vosotros no me conocéis aun, y cuando me hayais perdido, conoceréis entonces la diferencia que va de mí á los demás hombres.—¡Dios mío, señor! replicó Basompierre: ¿no acabareis del aligirnos con vuestros agüeros de morir pronto?»

Y entonces el mariscal pintó á Enrique su gloria, su prosperidad, su buena salud, que prolongaba su juventud.—«Amigo mío, le dijo el rey, es preciso abandonar todo eso.» Ravaiillac estaba á la puerta del Louvre.

Basompierre se retiró, y no vió ya al rey más que en su despacho.

«Estaba tendido, dice, en su lecho, y Mr. de Vic, sentado en el mismo lecho que él, había puesto la cruz de su orden en su cama, y le hacía acordarse de Dios. Mr. Legrand, que llegó, se puso de rodillas entre la cama y la pared, y tenía asida una mano que besaba. Yo me hallaba arrojado á sus piés, y los estrechaba llorando amargamente.»

Tal es el relato de Bassompierre.

Perseguido por estos tristes recuerdos, me parecía que había visto en los largos salones de Hradtschin á los últimos Borbones, que pasaban tristes y melancólicos como el primer Borbon en la galería del Louvre: yo había ido á besar los piés del trono junto á su muerte. Que muera para siempre ó resucite, tendrá mis últimos juramentos: al día siguiente de la desaparición final principiará para mí la república. En caso de que las Parcas, que deben dar á luz mis *Memorias*, no las publiquen inmediatamente, se sabrá, cuando aquellas aparezcan, luego que se haya leído y meditado todo, hasta qué punto me he engañado en mis presagios y en mis conjeturas. Respetando la desgracia, respetando á lo que he servido y continuado sirviendo á costa de la tranquilidad de mis últimos días, trazo mis palabras, verdaderas ó infundadas, al descenso de mis horas, hojas secas y ligeras que el soplo de la eternidad habrá dispersado bien pronto.

Si las altas estirpes estuviesen próximas á su término (hecha abstracción de las posibilidades de lo futuro, y de las vivas esperanzas que retoñan sin cesar en lo íntimo del corazón humano), ¿no sería mejor que, poniendo un término digno de su grandeza, se retirasen á la noche de lo pasado con los siglos? Prolongar sus días más allá de una brillante carrera, nada vale: el mundo se cansa de ellas y de su ruido, y les echa la culpa de estar siempre así. Alejandro, César, Napoleón, han desaparecido según las reglas de la fama. Para que uno muera bello, es preciso que muera joven: no hagais decir á los hijos de la primavera: «¡Cómo! ¿Es ese genio, esa persona, esa raza á quien el mundo prodigaba aplausos, y de la que se habría pagado un cabello, una sonrisa, una mirada con el sacrificio de la vida?» ¡Qué triste es ver al anciano Luis XIV no hallar al lado suyo, para hablar de su siglo, más que al anciano duque de Villeroy! Una última victoria fue para el gran Condé la de haber encontrado á Bossuet al borde de su fosa: el orador animó las mudas aguas de Chantilly; con la infancia del anciano reafirmó la adolescencia del joven, y volvió á ennegrecer los cabellos sobre la frente del vencedor de Rocroy, diciendo un adiós inmortal á sus cabellos blancos. Los que amais la gloria, cuidad de vuestra tumba; recostaos bien en ella; procurad hacer buena figura, porque en esa quedareis.

LA DELFINA.

El camino de Praga á Carlsbad se prolonga en las fastidiosas llanuras que ensangrentó la guerra de Treinta años. Al atravesar de noche aquellos campos de batalla me humillo ante el Dios de los ejércitos, que lleva al cielo en el brazo como un escudo. Desde bastante lejos se divisan los montecillos poblados de vegetación, á cuyos piés están los baños. La agudeza de los médicos de Carlsbad compara el camino á la serpiente de Esculapio, que bajando la colina viene á beber en la copa de Hygiea.

Desde lo alto de la torre de la ciudad, *Stadthurm*, torre coronada por un campanario, unos centinelas tocan la trompa así que columbran á un viajero. Yo fui saludado con el alegre sonido como un moribundo, y todos se dijeron con júbilo en el valle!—«¡Es un artrítico, un hipocondriaco, un miope!» ¡Ay! yo era más que todo eso; era un incurable.

El 31 á las siete de la mañana me hallaba instalado en el *Escudo de Oro*, fonda establecida por cuenta del conde de Bolzona, un noble arruinado. Hospedábanse en la misma fonda los condes de Cossé (que se me habían anticipado), y mi compatriota, el general de Trogoff, poco antes gobernador del palacio de Saint-Cloud, nacido en Landivision en el radio de la luna de Landernau, y, á pesar de su figura rechoncha, capitán de granaderos austriacos en Praga durante la revolución. Venía de visitar á su señor, desterrado, sucesor de San Clodoaldo, monje en su tiempo en Saint-Cloud. Trogoff, después de su peregrinación, se volvía á la Baja Bretaña, llevando consigo un ruiseñor de Hungría y otro de Bohemia, que no dejaban dormir á nadie en la fonda, pues tanto se lamentaban de la crueldad de Terezo. Trogoff los atestaba de corazón de vaca hecho pedacitos, sin lograr poner término á su dolor.

Et mœstis late loca questibus implet.

Abrazámonos Trogoff y yo como dos bretones. El general, bajo y cuadrado como un celta de la Cornualla, no carecía de finura la apariencia de franqueza, y era cómico en su modo de hablar. Agradaba bastante á la delфина; y como sabía el alemán, solía aquella pasear con él. Avisada de mi llegada por Mad. de Cossé, me anunció que fuese á verla á las nueve y media ó á las doce: á las doce me hallaba yo en su casa.

Ocupaba un edificio aislado, al extremo de la aldea sobre la orilla derecha del Teple, pequeño río que baja de la montaña y cruza á Carlsbad en toda su longitud. Al subir la escalera de la habitación de la princesa me sentía turbado: iba yo á ver, casi por la vez primera, á aquel modelo perfecto de los padecimientos humanos, á aquella Antígona de la cristiandad. No había hablado en mi vida diez minutos con la delфина, y apenas me había dirigido ella dos ó tres palabras en el curso rápido de sus prosperidades: siempre se había mostrado turbada conmigo. Aun cuando jamás he escrito ni hablado de ella sino con una admiración profunda, la delфина había debido necesariamente alimentarse, con respecto á mí, las prevenciones de ese rebaño de antecámara, en medio del cual vivía: la familia real vegetaba aislada en aquella ciudadela de la necesidad y la envidia, que sitiaban sin poder penetrar en ellas las generaciones nuevas.

Me abrió la puerta un criado, y divisé á la delфина sentada en el fondo de un salón, sobre un sofá, bordando una tapicería. Entré tan conmovido, que no sabía si podría llegar hasta la princesa.

Levantó esta la cabeza, que tenía inclinada sobre la labor, como para ocultar su emoción, y dirigiéndome la palabra, me dijo:—«Tengo un placer en veros,

Mr. de Chateaubriand: el rey me había enviado á decir vuestra llegada. ¿Cómo habeis pasado la noche? Debeis estar cansado.»

Yo le presenté respetuosamente las cartas de la duquesa de Berry: tomólas ella; las puso á su lado en el campé, y me dijo:

—«Sentaos, sentaos.»

En seguida continuó su labor con un movimiento rápido, maquinal y convulsivo.

Callaba yo, y la delфина guardaba silencio: oíase el pinchazo de la aguja y el roce de la lana, que la princesa hacía correr bruscamente por el cañamazo, sobre el cual vi caer algunas lágrimas. La ilustre infortunada las enjugó en sus ojos con el dorso de su mano, y sin levantar la cabeza me dijo:

—«¿Cómo está mi hermana? Es muy desgraciada; muy desgraciada, y la compadezco mucho, mucho.»

Estas palabras, breves y repetidas, intentaban en vano anudar una conversacion para la que faltaban expresiones á ambos interlocutores. Lo encarnado de los ojos de la delфина, causado por el hábito de las lágrimas, la daba una belleza que la hacía asemejarse á la virgen del Spasimo.

—«Indudablemente, respondí yo al fin, la duquesa de Berry es muy desgraciada: me ha encargado que venga á poner á sus hijos bajo vuestra protección durante su cautiverio. Es gran consuelo para sus penas el pensar que Enrique V hallará en V. M. una segunda madre.»

Pascal ha tenido razon en mezclar la grandeza y la miseria del hombre: ¿quién se hubiera imaginado que la delфина tuviese en algo esos títulos de reina, de magestad que le eran tan naturales, y cuya vanidad había conocido? Pues bien: la palabra *magestad* fue una palabra mágica que resplandeció sobre la frente de la princesa, de la que apartó por un momento las nubes. Estas no tardaron en rodearla de nuevo como una diadema.

—«¡Oh! No, no, Mr. de Chateaubriand, me dijo la princesa mirándome y suspendiendo su labor: no soy reina.»

—«Lo sois, señora; lo sois por las leyes del reino: el delfín no ha podido abdicar sino habiendo sido rey. La Francia os mira como á su reina, y vos sois la madre de Enrique V.»

La delфина no disputó más: aquella pequeña debilidad que revelaba la mujer, ocultaba el brillo de grandezas diversas, les daba una especie de encanto y las ponía más en armonía con la condición humana.

Leí en voz alta mi credencial, en la que la duquesa de Berry me explicaba su matrimonio; me mandaba ir á Praga; pedía la conservación de su título de princesa francesa; y ponía á sus hijos al cuidado de su hermana.

La princesa había vuelto á continuar su bordado, y me dijo después de la lectura:

—«La duquesa de Berry hace bien en contar conmigo. Está muy bien, Mr. de Chateaubriand; está muy bien: compadezco mucho á mi cuñada; decidsele así.»

Aquella insistencia de la delфина en decir que compadecía á la duquesa de Berry, sin ir más lejos, me hizo ver cuán poca simpatía había en el fondo entre aquellas dos almas. Parecíame también que un movimiento involuntario había agitado el corazón de la santa. ¡Rivalidad de desgracia! Sin embargo, la hija de María Antonieta nada tenía que temer en aquella lucha: la palma sería siempre suya.

—«Si quisierais leer, repuse yo, la carta que os escribe la duquesa de Berry y la que dirige á sus hijos, tal vez hallaríais en ellas nuevas explicaciones. Espero que tendreis la bondad de confiarme una carta para Blaye.»

Las cartas estaban escritas con limón.